

Matadero Franklin

**Matadero
Franklin**

La leyenda del Cabro

Simón Soto



Primera parte

1930

1

Está sentado frente al ataúd, sin moverse, sin ánimo ni voluntad para ponerse de pie ni para ayudar a las viejas que ordenan las flores, los recipientes con agua y la pequeña mesa que será el improvisado altar para el cura cuando venga a bendecir el cadáver de su madre.

Los vecinos comenzaron a llegar temprano en la mañana, una vez que fueron avisados por doña Jovita y la señora Nury del fallecimiento de la Rita, ahora la finada, en boca de todos los presentes. Durante las horas en que las ancianas desaparecieron, él tuvo que custodiar a su madre, inerte sobre la cama. Los ojos mirando al techo, la boca abierta, la piel resquebrajada pegada a los huesos del rostro, aferrándose a ellos, negándose a abandonar la vitalidad de ese cuerpo aún cálido.

—Usted se queda con su mamita, mi huacho —dijo doña Jovita—. Con la Nury vamos a ir a buscar al curita y al doctor. No se me asuste, que la Rita me lo está cuidando; está con el Señor, mi niño, usted tranquilito.

Las viejas limpiaron con paños húmedos, la frente y los pómulos ennegrecidos de su madre, y tras besarle la frente y cubrirla con la sábana hasta el pecho, se retiraron

y lo dejaron allí, solo, en silencio, iluminado primero por las velas, luego por los primeros destellos del amanecer, que se colaban por las cortinas entreabiertas, junto al frío y a los murmullos de la gente que a esa hora comenzaba la jornada.

El silencio sigue cubriéndolo, pese a que las voces de unas sesenta personas se oyen fuerte, a diversos volúmenes. Las viejas despejaron el living y pusieron al centro el ataúd, con la ventanilla abierta para que la gente pueda mirar por última vez el rostro de Rita y despedirse de ella. Rita Leiva, su madre, con esporádicas parejas, la madre que nunca habló de su padre, Mario Leiva, el Marito, o Cabro, el Cabro, como lo conocen en el barrio y las personas que cuidaron de Rita durante el padecimiento de esa enfermedad tan extraña que la consumió en cosa de meses, sin echar pie atrás, como termitas corroiendo madera fresca.

Doña Jovita le trajo pantalones, camisa y corbata. Tuvo que usar los viejos zapatos de siempre, pero lustrados, dignos y limpios pese al desgaste del cuero y de las suelas. El ataúd está rodeado de toda clase de flores y coronas, la más grande es la del Sindicato de Cristalerías Chile, al cual pertenecía Rita, por años funcionaria de esa fábrica. Los compañeros y compañeras de trabajo están allí, vestidos con sus mejores ropas, con gesto apesadumbrado, mirándolo de reojo, sin atreverse a decirle nada, para no sacarlo de su ensimismamiento. Los vecinos cerraron la calle Dávila Larraín, donde ubicaron largos mesones y sillas. Desde el bar El Manchao llevaron pipas de chicha y vino para aplacar la sed, y las mujeres han estado cocinando toda la mañana carnes y ensaladas para los asistentes al velorio. Han llegado también algunos cantores de cueca, quienes han entonado décimas y lamentos en honor a la difunta.

Pero nada saca del silencio al Cabro.

No sabe qué hacer. No entiende que la mujer con la cual ha compartido sus seis años de vida ya no estará más. Piensa que se trata de un largo descanso, que su madre solo está cansada y que necesita dormir todas estas horas y que la gente simplemente le está rindiendo homenaje por su esfuerzo, por el trabajo duro de tantos años. A veces desvía la mirada hacia la calle y ve a los hombres apurar enormes sorbos de chicha, y a otros beber aguardiente en pequeños vasitos de vidrio, tras lo cual dibujan muecas deformes en sus rostros. Le gusta —le trae algo parecido a la paz, a la quietud— observar y escuchar a los cuequeros, mientras deslizan su mano empuñada por el pandero, cantando versos dolientes con los ojos cerrados y la cabeza hacia el cielo, la voz fuerte, elevada por sobre los murmullos, en un diálogo, pareciera, con Dios, con los ángeles, con las ánimas que están recibiendo a su madre.

No es capaz de elaborarlo, pero lo que está haciendo es agradecerle a los cantores de cueca. Les agradece que llamen a su madre, que le griten, que le manden bendiciones a través del canto, que la despidan con música y pasión. Está en eso cuando la señora Nuri se acerca a él y le habla al oído, como para no interrumpirlo.

—Llegó el Lobo Mardones, Marito. El Lobo con su señora.

El Cabro levanta la vista hacia la puerta. Ve la silueta, robusta, ancha, elevada, seguida por otra, más frágil que la primera, más pequeña. El Cabro permanece sentado, boquiabierto, intentando descifrar a quiénes pertenecen esas formas negras que el sol mañanero entrando por la puerta no le permite identificar con claridad.

—Párese, mi huachito —le dice en un susurro la señora Nuri.

El Cabro se pone de pie, nervioso sin saber por qué. Consigue por fin ver con claridad al Lobo Mardones, que carga una corona de flores blancas. Tras él, su esposa, doña Etelvira, o Telva, como la conocen todos, entra en silencio y cabizbaja. El Lobo deja la corona a los pies del ataúd, y marido y mujer se persignan con gesto serio frente al cadáver. La señora Nury empuja con la mano, suavemente posada en la espalda, al Cabro para que avance hacia los Mardones. La primera que va al encuentro del niño es doña Telva, quien se agacha y lo abraza sin pronunciar palabra alguna. El Lobo observa con gesto grave, mientras respira lentamente, procesando el dolor del niño, intentando imaginárselo, atisbarlo quizás. El Cabro levanta la vista y mira al Lobo Mardones, vestido de impecable terno negro y corbata, con la barba tupida pero corta, cubriéndole la mitad del rostro, y el pelo negro también corto, del que asoman las primeras canas, y unas gafas pequeñas, redondas, de montura metálica, que cuelgan sobre la nariz, casi escapándose del rostro curtido del Lobo.

El Cabro observa el cuchillo ceñido al cinto gracias a la vaina. No ve la hoja de metal, cubierta por el cuero gastado; puede ver, en cambio, el mango de madera, tallado con precisión y gastado por el uso. Lo mira hipnotizado, anhelando portar algún día ese elemento que define a los hombres como hombres, como adultos, hombres grandes que han entrado a la vida de verdad.

Doña Telva lo suelta y se acerca al féretro aferrando el rosario metálico y de piedras negras que tiene enrollado en la mano. Empieza a rezar el padrenuestro, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada, pronunciando las palabras

a un volumen que casi no se oye. El Lobo Mardones se acerca al Cabro y le extiende la mano. El Cabro levanta la suya y el Lobo se la estrecha con fuerza. Así saludan los hombres grandes, piensa el Cabro.

—Tiene que ser fuerte, usted —le dice el Lobo Mardones.

El Cabro asiente, sin comprender con claridad a qué se refiere el Lobo. Fortaleza física, o fuerza del corazón, del ánimo.

La fuerza de no llorar por la madre muerta, piensa.

2

Los pequeños pies se desplazan entre la hierba seca y la tierra húmeda. Calzan zapatos ajados, con las costuras abiertas, algunos a pie pelado, esquivando las piedras y la maleza. Son cinco niños que deambulan por las orillas del Zanjón de la Aguada, el Cabro entre ellos, aún con su terno, camisa y corbata, pese a que doña Jovita le pidió que no se alejara mucho, que volviera antes de la bendición del curita, que no ensuciara la ropa. El Cabro observa más allá, donde no hay nada, salvo carpas y casuchas improvisadas, entre tarros con fuego y algunos animales desperdigados comiendo hierba.

—¡Mario, Mario! —grita el Toto Azócar, aventurándose más abajo, hacia el cauce, saltando de piedra en piedra.

El Cabro sigue al Toto sin demasiada precaución, avanzando a saltos por los mismos lugares que su amigo. El resto de los niños se acerca al agua por distintos caminos. El Toto levanta el brazo e indica hacia el otro lado. El Cabro aguza la mirada.

Es un cadáver. Sobrevuelan moscas que emiten un zumbido constante, sonoro.

Es el cadáver de un perro, recostado sobre la tierra, con los ojos cerrados y el vientre abierto con la sangre coagulada, casi negra a estas alturas.

Y ratas, ratas en el vientre, alimentándose del perro, royendo las tripas desperdigadas en la tierra.

Los niños observan en silencio. Parecen miembros de una ceremonia enigmática y secreta, de un rito de la naturaleza que los ha elegido como testigos involuntarios.

—Los guarenes se están comiendo al perro —dice el Toto, boquiabierto aún.

El Cabro se lleva la mano al bolsillo y extrae una honda fabricada por él. El resto lo mira en silencio. El Cabro recoge una piedra y la posiciona en la cinta de caucho. Levanta la honda y apunta hacia el perro. Cierra un ojo, concentrado, fijando la vista en uno de los guarenes, enorme y gordo, que va de un lado al otro del vientre abierto, intentando encontrar su lugar allí, ansioso por tocar una parte del banquete. El Cabro lo sigue, atento, esperando su momento. Se le viene a la cabeza su madre. Rita intenta erguirse y eso provoca que respire más agitada aún. Levanta la mano y mira fijo hacia el techo, queriendo asir algo invisible. El Cabro hubiera querido preguntarle qué le ocurría, qué estaba intentando agarrar, pero esa vez tampoco fue capaz de decir nada. Las viejas le pedían a su madre que estuviera tranquila. Ya, niña, no es nada, acuéstese mejor, le decían.

Suelta la piedra y se queda sin aliento.

El guarén se convierte en una masa sanguinolenta; el resto de las ratas corren despavoridas, se pierden en recovecos imposibles.

Los niños quedan sorprendidos. El Cabro tiembla, aún sintiendo la vibración del disparo y de la piedra.

3

Los dedos de Torcuato Cisternas golpean la mesa, inquietos. Bebe de un pequeño vaso poderosa aguardiente traída desde Trehuaco por el dueño del bar, Roberto Jorquera, el Gordo, que ahora prepara un plato de pichanga para seis hombres que improvisan octosílabos con historias de antiguos guapos y maleantes del barrio, acompañan los cantos golpeando la mesa, haciendo sonar en las palmas los cubiertos y chocando un par de ceniceros de vidrio. Torcuato a veces dirige la vista hacia ellos, observa la algarabía. Reconoce al Talquino, de buen porte, fornido, que posee la voz más grave y más fuerte. El Talquino no lo conoce, aunque tal vez lo ha visto un par de veces en alguno de los bares, chinganas o casas de niñas del barrio. Torcuato se saca del bolsillo del pantalón su pañuelo y se seca unas gotas de sudor que le caen por la frente. El pelo corto, peinado con dedicación hacia la derecha en la mañana, ha perdido la armonía y se ve disperso. El bigote fino está empapado de aguardiente. Levanta la mano y pide otra caña. Tomás, el hombre que ayuda al Gordo Jorquera en las labores del bar, se dirige a la caja, donde

el Negro Jorquera, el hijo del Gordo, cuenta el dinero. El Negro mira a Torcuato, asiente y se pierde hacia el interior del restorán. Vuelve en cosa de segundos, con dos botellas del líquido transparente. Tomás deja la primera botella en la mesa del Talquino y sus amigos; lleva la segunda a la mesa de Torcuato y llena el vaso. Torcuato bebe el contenido de un apurado y breve sorbo, y le hace un gesto a Tomás para que vuelva a llenar el vaso.

—¿Las carreras? —pregunta Tomás, y Torcuato se limita a asentir en silencio.

Tomás vuelve a la barra y lleva la pichanga y sendos jarros de chicha sazonados con rodajas de naranja a la mesa de los hombres que improvisan cueca. La primera jarra llena rápido los seis vasos grandes, y la otra queda allí, sobre la mesa, junto a la pichanga. Torcuato Cisternas confía en su buena estrella, pese a que la buena estrella no ha iluminado su camino en el último tiempo. Algo tendrá que pasar, piensa, no puede seguir así esta cuestión, se dice, ningún hombre es capaz de soportar tanta lluvia sin techo. Esta vez toma el aguardiente con lentitud, saborea los pequeños sorbos, deja el licor en la boca, juega con él entre la lengua y el paladar. Un hombre no puede perder los estribos, se dice a sí mismo, un hombre tiene que mantener la calma sin hacer escándalo, piensa, por dura que sea la pelea que le están ofreciendo. El licor le escoce la boca, no importa cuántas veces durante tantos años lo haya tomado. Es lo que le gusta del aguardiente, a diferencia de la chicha, o el vino, o el pipeño. Esos provocan un primer amargor, o un dulzor fuerte, pero tras el segundo o tercer vaso, van perdiendo toda potencia, y después es solo un refresco, un líquido que sirve para embriagar y para adormecer; el aguardiente cura, pero siempre es un golpe, una advertencia, un aviso del tránsito hacia la

borrachera, a cada trago el aguardiente sugiere que se avecina un futuro incierto.

Una hora más tarde, tras ocho vasitos de aguardiente de Trehuaco, con los nervios acelerados, Torcuato cree descubrir que el Talquino y sus cinco compadres entonan cueca y lo observan de reojo, haciendo comentarios entre sí, comentarios en voz baja y acompañados de risitas y nuevas miradas furtivas, bebiendo a destajo, llamando a Tomás para pedirle más chicha y vino. Torcuato primero deja pasar las supuestas burlas y habladurías; está con la cabeza en la carrera, sin ánimos para otra cosa. Pero los hombres continúan mirándolo y comentando en murmullos, y para Torcuato ha sido suficiente, porque el Talquino ha improvisado palabras sobre el gallo del bigote, sobre el rostro mal afeitado del gallo del bigote, algo con respecto a afeitarse todos los días: para tener bigote, hay que afeitarse la cara. Torcuato no escucha con claridad, no retiene la métrica del verso, pero entiende que se la dedica a él, porque en sus mejillas se asoma vello que crece hirsuto, y le parece suficiente. Se lleva la mano al cuchillo, que descansa a la izquierda, en el cinturón, y cuando va a ponerse de pie, entra corriendo el muchacho de las carreras, y todos dirigen la mirada hacia él, ansiosos, Torcuato también.

—¡Caleuche! —grita el muchacho— ¡Ganó Caleuche!

El Talquino y sus amigos se levantan y se abrazan; otros parroquianos hacen lo mismo, felicitándose, y piden de inmediato más comida y más trago, a gritos, enfervorizados.

Torcuato Cisternas tiembla. Ya no le importan las burlas. Solo piensa que perdió todo el dinero que le quedaba, la plata suya y la plata de su hermana.

Tanto ha perdido, que ni siquiera sabe qué van a comer mañana.